

Pobreza y exclusión social: Sobre algunos problemas teóricos y de medición y la situación argentina.

Miguel Murmis

I. Introducción

Estar en el mercado no asegura protección pues se ha roto la capacidad de generar protección por parte del mercado de trabajo y además muchos quedan afuera, son excluidos. Esto puede llevar a una ruptura. Al mismo tiempo tanto unos como otros, muchos entre quienes están en el mercado y quienes están afuera o débilmente conectados, deben enfrentar la realidad o la perspectiva de la pobreza.

Luego de una revisión de algunos problemas teóricos y de medición, plantearé la tesis central de esta presentación. Afirmo que a partir del enfoque de la ruptura se ha generado un enfoque dual de las políticas sociales y laborales, de acuerdo con el cual por un lado se desarrollan políticas de protección, generalmente paliativas, para los grupos marginales y más aislados, mientras por el otro se establecen políticas laborales definitivamente negativas para quienes están más conectados con el mercado y con la explotación capitalista directa. Para examinar esta situación voy a pasar revista a cuatro temas.

El primero, es el de los lazos y las relaciones interpersonales. Qué pasa en este momento, en esta época, con los lazos y relaciones interpersonales, dado el contexto de exclusión y pobreza y hasta dónde estos lazos interpersonales refuerzan formas de exclusión o de separación dentro de grandes capas o clases de la sociedad.

El segundo tiene que ver con la forma de evaluar qué está ocurriendo y el uso de los conceptos de pobreza y calidad de vida.

En tercer lugar discutiré la relación entre la visión dicotómica y las

políticas laborales.

En cuarto lugar, haré una referencia histórica.

Como conclusión presentaré una reflexión sobre la situación actual y las tareas que nos deja para construir un futuro distinto.

II. Exclusión. pobreza y lazos sociales

Viniendo de la Sociología el análisis de los problemas de la sociedad contemporánea, y en particular de este tema recurrente de la pobreza está centralmente ligado a la cuestión de los lazos interpersonales, su vigencia, su crisis. Dentro del enfoque sociológico de la situación de los sectores populares, hay desde hace unos años una gran revitalización de la teoría de Durkheim. A partir de esa teoría se plantea la centralidad de la cuestión de la integración social. La exclusión aparece como la contrapartida de la integración. Clásicamente se trata de dos modelos contrapuestos: un tipo de sociedad integrada en la cual todo el mundo participa en formas grupales de distinto nivel de generalidad, frente a una sociedad totalmente individualizada. Dentro de los escritos sociológicos contemporáneos hay sin duda cierta ambivalencia con respecto a la forma en que se ve esta posible individuación o individualización. Por un lado, existe la visión crítica o negativa, en tanto se piensa que esta individualización hace difícil, si no imposible, el funcionamiento de la sociedad. Los sociólogos franceses, que nos han visitado con frecuencia culminando con la visita reciente de Castel y la traducción de su libro sobre las metamorfosis de la cuestión social, se plantean bastante radicalmente el problema de la existencia de la sociedad, del orden social. Si bien los enfoques contemporáneos en general señalan la coexistencia de los dos modelos en la misma sociedad hay quienes hablan de una sociedad postmoderna totalmente volcada hacia el segundo. La ruptura de los lazos sociales, la individualización podría llegar a un extremo tal que la sociedad estalle. El problema teórico del orden social, que está en los orígenes de la sociología, aparece replanteado casi en el nivel empírico. Y en general, dentro de este enfoque, aunque no por parte de todos sus practicantes de este enfoque, este proceso es visto como negativo. Hay también otra tradición central de la Sociología en la cual el pasaje de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, el pasaje de la comunidad a la sociedad, es el pasaje de un sistema de inserción en grupos, un sistema en el cual la posición social está definida por la pertenencia a grupos, a otro que es un sistema de individualización, el cual trae posibilidades de autorealización, trae la libertad. Otro de estos sociólogos franceses, Rosanvallon, señala

en algunos de sus trabajos, que finalmente lo que está ocurriendo es la modernización radical. Si en la fábrica desaparecen normas según las cuales los obreros con más antigüedad tenían derecho a ciertas consideraciones al llegar el momento de la desocupación, la desaparición de estas normas nos está llevando a una sociedad más moderna, más eficiente y más basada en los valores individuales. Según esta visión, en cierta medida esto es positivo y hay que encontrar, en el mejor de los casos, algunos paliativos frente a tal situación. En este caso, los excluidos ni siquiera pueden gozar de esa individualización. Paralelamente a esta diferente valoración existen también, distintas visiones de qué es lo que efectivamente está ocurriendo en la realidad. Hasta dónde esos lazos sociales se han roto, hasta dónde las viejas reglas de solidaridad desaparecen. Pienso que en este punto, es necesario saber más. Para saber más es necesario más conocimiento empírico, y me parece que la respuesta debe variar claramente según sociedades y tradiciones culturales. Considero que en la Argentina, uno de los recursos sociales más valiosos que existen es, precisamente, la persistencia de toda una serie de relaciones interpersonales que no sólo no consiguen ser destruidas por la crisis, sino que en algunos casos son revitalizadas por esta crisis.

Creo que no se reconoce en toda su vigencia la presencia de formas que tienen una base en los lazos familiares, en las relaciones locales, y que se dan también en las organizaciones con objetivos específicos y definidos. Aún las formas asociativas clásicas tienen una vigencia muy marcada en la Argentina. Vigencia que creo se nota menos en la Capital Federal. En localidades de menor tamaño esto resalta mucho. Considero muy interesante el que este tipo de lazos dé lugar a formas de acción que no son de tipo comunitario tradicionalista, sino que coexisten perfectamente con el conflicto, tanto en el nivel personal como interasociacional. Hay una vida social muy fuerte en la Argentina: sin embargo no tenemos demasiado conocimiento del alcance de esta vida social. Es obvio que la permanencia de formas más tradicionales de lazos interpersonales, está ligada al cambio de esos lazos. Es decir, si la familia permanece, al mismo tiempo es una familia que se redefine en su existencia. Este tema también ha sido retomado con fuerza en Europa y existe una diferencia marcada, quizás por la tradición cultural, entre visiones italianas y francesas del fenómeno. Como señalaba antes, en la literatura francesa, hay bastante énfasis en la ruptura de los lazos interpersonales. En la literatura italiana existe un reconocimiento del peso que siguen teniendo no sólo los lazos de tipo familiar y los lazos de tipo local, sino también los lazos asociacionales. El proceso social que se da en la llamada Tercera Italia, con su capacidad de mantener hasta la centralidad de empresas pequeñas y medianas, tiene mucho que ver con

una tradición de lazos interpersonales, cristalizados además a través de procesos culturales. La vigencia de ese tipo de orden social se subraya mucho en los análisis italianos. Quisiera dar un paso más, que aparece también en estas discusiones: el prestar atención a este tipo de lazos, que son fundamentalmente primarios, asociados valorativamente con lo tradicional, en el caso de Italia llevó a toda una línea interpretativa acerca de la debilidad del sistema político italiano, que estaría ligada a la persistencia de estos rasgos de atraso. Después de la segunda posguerra, se publica una obra clásica, sobre un pueblo de la Italia meridional de un estudioso norteamericano, Edward Banfield, que era precisamente antropólogo y era también sociólogo y psicólogo social. Allí se plantea el modelo del familismo amorale: subsisten estas formas primarias y directas de conexión social, pero su existencia es una forma de generar algo así como núcleos orientados exclusivamente por sus pequeños intereses, que se convierten en un obstáculo para la construcción de una sociedad al mismo tiempo más moderna e incluso más igualitaria. Todo esto ha sido el centro de la discusión sociológica italiana. En este momento hay una gran revisión de la cuestión, y en alguno de los estudios surgen resultados que pueden parecer bastante sorprendentes. Como que, por ejemplo, en las zonas y medios en los cuales tienen más vigencia formas tradicionales de sociabilidad del tipo de la familia y la localidad, son al mismo tiempo aquellas zonas donde tienen más vigencia formas secundarias, asociativas, incluyendo los sindicatos, por ejemplo. Al mismo tiempo, estas zonas donde se mantienen estos lazos, si se quiere más tradicionales, de sociabilidad combinados con los modernos, son zonas que tienen una actitud de mayor compromiso con la actividad política. Un factor interviniente es, curiosamente, el hecho de que en estas zonas donde se dan estas formas de asociación, la conexión con la preocupación por lo político pasa por la existencia de valores morales no convencionales y defensa de los derechos de las personas. Combinación complicada. Formas asociativas tradicionales, formas modernas, valores más modernos, preocupación por la actividad política. Lo que en cierta visión era presentado como negativo, esto es la existencia de estas formas primarias de asociación, aparece como un factor, si no decisivo, por lo menos importante para la predisposición hacia el mejoramiento de la sociedad. Acá hay un doble movimiento bastante complicado. Primero a aquéllos que decían que las cosas andaban mal, porque se mantuvieron estos lazos primarios, debemos decirles que estos lazos primarios son compatibles con que las cosas anden bien. A aquellos que decían que estos lazos primarios están siendo disueltos, les vamos a contar que no están siendo disueltos. Existen y pueden participar en un círculo virtuoso.

Me parece que este sería un tema realmente muy interesante para establecer un

diálogo, para pensar realmente las características específicas de la sociedad argentina en este terreno. Como les decía antes, parto de la hipótesis de que la existencia de estas redes asociativas, tanto de las más tradicionales del tipo familia, como de las más modernas del tipo asociaciones con objetivos específicos, son un capital importante que tenemos en la Argentina.. Y veo cierto peligro en insistir en una visión que le otorga al modelo actual una capacidad destructiva, en estas áreas, más grande de la que efectivamente tiene.

Tenemos que denunciar su propensión destructiva, pero al mismo tiempo no otorgarle tanta omnipotencia como para pensar que puede destruir las raíces más profundas de la vida asociativa.

Podemos preguntarnos ahora hasta dónde este tipo de vida asociativa puede contribuir a la fragmentación o balcanización de la sociedad, o, al contrario, generar fuerzas más coherentes para el cambio. Creo que en el análisis tenemos que agregar un factor extra, que es el hecho de que existen políticas sociales que están orientadas a dividir a los sectores populares.

Para simplificar las cosas, diría que tenemos dos grandes líneas de políticas sociales. Hay una política social que comienza con la acción asistencialista, pero que hasta puede favorecer el desarrollo de algunas actividades económicas, incluso asociativas, y que se aplica fundamentalmente a aquellos sectores que están más alejados del centro del proceso de acumulación. Si alguien está en un pueblo, en una zona rural muy alejada que no está integrada dentro del actual proceso de acumulación, es posible que sea uno de los referentes para un programa social de apoyo. Si nos acercamos fundamentalmente a la clase obrera que está en el centro del proceso de acumulación, las políticas sociales son de desestructuración y de debilitamiento. Las dos políticas van juntas. Modificaciones en el mercado de trabajo que debiliten la capacidad de negociación de aquellos que tienen que enfrentarse directamente al capital, y políticas de tipo en parte asistencial, e incluso que van más allá de lo asistencial, para los sectores que están al costado. Ambas cosas son coherentes. Volveremos sobre este tema en el punto IV. Aclararemos, desde ya que no queremos plantear que las políticas dirigidas a los sectores más marginalizados deben ser vistas como negativas. Todas las políticas que ayuden a alguien que esté en el límite de la subsistencia son positivas y deben ser apoyadas. Pero efectivamente se produce esa diferenciación en cuanto a lo que recibe cada uno de estos grupos como políticas. Me pregunto hasta dónde esta diferenciación es una diferenciación que a su vez coincide con la existencia de redes sociales y asociativas separadas.

Esto habría que verlo más de cerca. Creo que en el grueso de las familias e incluso

barrios argentinos hay una superposición de relaciones sociales que no ha llevado todavía a la situación norteamericana de tipo ghetto donde, según muestran los estudios clásicos de **Wilson**, los que se quedan allí están realmente al costado de la sociedad. Eso está empezando a pasar aquí en algunas zonas de barrios populares y villas: hay una mayor cristalización de la separación entre grupos, fenómeno que observó Javier Auyero al volver 3 años después a la zona que había estudiado.

Pero éste también es otro terreno para hacer una pregunta, dada la existencia de una diferenciación ocupacional real, dada la existencia de políticas diferenciadas: ¿hasta dónde las redes sociales, los procesos de interacción, contrapesan esto o lo cristalizan?, ¿hasta dónde aún, si las redes son separadas, son conectables? Esta es la pregunta.

En verdad las políticas laborales negativas han creado una gran masa de gente pauperizada entre los ocupados.

III. Pobreza y calidad de vida

El tercer punto que quiero tocar, un poco al pasar, como referencia a enfoques actuales, tiene que ver con el tema de la calidad de vida. También aquí creo que es interesante comparar el tipo de énfasis que tenemos en la investigación en la Argentina, y el que existe en otros países. El tema anterior que traté, el de la separación o no, está muy ligado a un concepto que se maneja con mucha centralidad, y que tiene realmente poco espesor y tradición teórica, que es el concepto de exclusión. Este se deriva de la idea de que existen grupos que están totalmente separados dentro de la sociedad. La evaluación de lo que está pasando en la sociedad ha ido ligándose cada vez más a lo que ocurre con los grupos que se considera que están excluidos. Se habla de la pobreza, no se habla de desigualdad, no se habla de clases sociales, no se habla tanto de la sociedad en su conjunto. Se focaliza la atención en estos grupos. Los estudios referidos a estas situaciones son estudios de desocupación, son estudios de pobreza. Hay otra gente que se ocupa del otro polo, del polo más rico, más concentrado.

Uno de los desarrollos de la investigación en los países centrales, en particular en Europa, tiene que ver con el tema de la calidad de vida. Es decir, se trata de evaluar qué es lo que está pasando en la sociedad en su conjunto, y no qué es lo que está pasando sólo o fundamentalmente con los grupos excluidos. Esto tiene que ver también con una definición de la pobreza en términos relativos y no absolutos. La diferencia entre los conceptos que se usan en nuestro país y los europeos lleva a comparaciones casi ridículas, como lo que hace

muchas veces el Presidente y otra gente del equipo de Gobierno, al decir: “el porcentaje de pobreza es tal en Argentina, tal en Italia, tal en Francia”. En Italia como en Francia el porcentaje de pobreza está definido con respecto a una media de consumo de la población y registra el porcentaje de gente queda por debajo de esa media o por debajo del nivel en que está el setenta por ciento más alto de la población. Siempre es relativo: se mueve junto con el nivel de vida de la sociedad y lo que se quiere entender en cada momento es qué es lo que está pasando con la calidad de vida en la sociedad en su conjunto. Por un lado esto genera un problema de tipo evaluativo, similar a lo que yo mencioné en el punto anterior acerca de políticas para trabajadores y políticas para marginados: el problema de los presuntos privilegiados del sistema anterior, del Estado de Bienestar. Algunos dicen que, si se empieza a hablar de políticas para los sectores trabajadores que están mejor que esos excluidos, en realidad lo que se hace es desviar la atención de aquéllos que necesitan más unas políticas distintas. Se pretende que si se habla de calidad de vida de la sociedad en su conjunto, se está desviando la atención de aquello que tiene que ser el foco de nuestra consideración. Considero que la solución correcta es la contraria, es decir, tratar de seguir situando estos procesos dentro de la sociedad en su conjunto.

Hace poco, fue publicada por el Fondo de Cultura la traducción de una colección de artículos hecha por Marta Nussbaum y Amartya Sen, que se llama “La calidad de vida” justamente, donde se discute este problema y discuten cómo evaluar qué es lo que está pasando en una población. Esta evaluación no se puede centrar exclusivamente en el tener, sino que también debe centrarse en el poder y en el querer. Y lo interesante de todo esto es que se han desarrollado metodologías, en algunos casos bastante modestas, de medición de estas distintas dimensiones. Una socióloga italiana, Francesca Zajczyc, publicó recientemente un volumen, casi impensable en otras épocas dentro de la tradición de la sociología, que es un análisis de instrumentos estadísticos y censales de medición de la calidad de vida. En el libro compilado por *Nussbaum y Sen*, se hace un análisis del tema, sobre todo desde el punto de vista conceptual, con aportes de filósofos, de economistas, de sociólogos.

IV Visión dicotómica y políticas sociales y laborales

Para continuar con esta reflexión volvamos al problema de la dualidad incluidos-excluidos. Tenemos que tratar de ver hasta dónde las políticas sociales deben responder a esta dualidad, pero no desechando a quiénes están en el mundo del trabajo. Un problema

central, sobre el cual quiero concentrar esta parte de mi exposición, es el de las formas en que nos vemos arrastrados a definir las políticas sociales como políticas ligadas, fundamentalmente, a los que están afuera. Luego de plantear este punto, quisiera hacer una referencia histórica. Finalmente retomaré el tema inicial de las políticas sociales y laborales, para ofrecer una reflexión final.

En general las políticas sociales no están definidas en términos de problemas que afectan a la población en su conjunto como el problema del desempleo, o el problema de la salud, o el mismo problema del trabajo, sino que están definidos en términos de la condición de ciertos grupos especialmente afectados por situaciones de minusvalía.

Hay políticas para sectores pobres estructurales, hay políticas para aborígenes, hay políticas para discapacitados. Esto tiene que ver con un cambio histórico: antes se distinguía entre políticas universalistas y políticas focalizadas. Aquí corresponde una primera llamada de atención: a las políticas universalistas se les reprochaba que, al presentarse como políticas para capas enteras de la población, para problemas que afectaban a la población, como la cuestión de la salud, de la educación, de la vivienda, de la seguridad social, del trabajo, tendían a llegar sólo a aquellos más integrados en el sistema y dejaban afuera una serie de sectores cuya minusvalía era tan intensa que no podían ser alcanzados por estas políticas.

Las políticas focalizadas tienen un papel importante: hacer llegar las políticas universales a aquellos sectores que tienen dificultades de conexión. Pero a medida que este proceso avanza, nos encontramos con que las políticas focalizadas sustituyen a las políticas universales.

No se trata de hacer llegar una política de salud a grupos rurales más aislados, o a grupos aborígenes, o a mujeres que quedan menos conectadas con las instituciones generales de la sociedad, sino de diseñar programas exclusivamente para estos grupos.

Cuando digo "exclusivamente" estoy diciendo que en el análisis de las políticas focalizadas tenemos que mirar no sólo a quiénes se pretende llegar, es decir no sólo a aquellos que, con esas metáforas militares o empresariales que tanto se usan ahora, constituyen la población objetivo. Allí están los ejecutores de las políticas con sus armas, armas puestas al servicio del bien, por suerte, apuntando hacia allí frente a esas otras políticas en que se siembra al boleó. Esa puntería más fina se dirige exclusivamente a ciertos grupos, uno se empieza a preguntar: No será una forma de no ocuparse de otros grupos?

La política focalizada no es una elección que implica la complementación de políticas universales, puesto que a medida que pasa el tiempo se convierte en una forma de dejar de

lado a amplias capas de la sociedad.

Esto tiene que ser una primera advertencia para todos los que nos interesamos en las políticas sociales. Como dice un viejo principio filosófico: toda determinación es negación. Cuando elegimos algo estamos dejando algo de lado. Quiero reafirmar que es necesario un específico compromiso con el mantenimiento y la extensión de la atención a la población en general, y agregar a éstos políticas focalizadas.

Este problema se hace especialmente visible si pensamos en la diferencia entre políticas laborales y políticas sociales. Resulta que al mismo tiempo que existen una cantidad de programas extremadamente loables para llegar a los sectores aislados y más perjudicados de la sociedad, nos encontramos con que se da, no sólo una separación cada vez mayor de la gente con respecto al mercado de trabajo formal, sino un deterioro fundamental del trabajo como relación laboral, como experiencia, como fuente de ingreso. No sólo están mal los que no trabajan, están también mal los que trabajan, si bien no toda esta categoría.

Se habla de fenómenos de precarización, de informalidad. Estos fenómenos los podemos ver por un lado como limitaciones del mercado de trabajo. Por el otro lado, no son formas de desconexión tal como los presenta la propaganda oficial sino que muchas veces son formas de conexión. Es una forma para que las grandes empresas, para que el capital concentrado establezca relaciones deterioradas con la fuerza de trabajo.

Fenómenos tales como la disminución de la jornada media de trabajo, que uno podría considerar un adelanto extraordinario, son en realidad un engaño estadístico. Un fabulista italiano señalaba hace años: cuando mi vecino come cuatro pollos y yo ninguno, estamos comiendo dos pollos per cápita. La disminución de la jornada media de trabajo es el resultado del aumento de las horas trabajadas por una parte de la población.

Esto quiere decir que la existencia de una relación laboral regulada, o de una relación laboral tal como la que regulaba la jornada de ocho horas, desaparece. Y en lugar de esto hay dos formas degradadas de trabajo: el trabajar mucho más de lo que se puede y el no poder trabajar lo que se puede. Lo interesante es que estos fenómenos no ocurren en la periferia del sistema. No es, como se piensa muchas veces o como pensaban los teóricos clásicos, que la empresa pequeña y mediana es la que establece estas relaciones: esto ocurre en las empresas más modernas y avanzadas. En Rosario se dio un caso que despertó la preocupación por la forma en que se trabaja. En los supermercados: una joven se desmayó después de trabajar dieciseis horas seguidas. Este caso fue noticia destacada en todos los medios informativos. En los supermercados, punta de lanza de la modernización capitalista en la Argentina, la gente trabaja dieciseis horas. En las empresas capitalistas más modernas,

en los sectores en expansión, en los núcleos de promoción en el interior del país, se trabaja también doce horas, y no sólo los obreros de base, sino también todo el equipo de empleados, todo el equipo de técnicos. El trabajo entra entonces en esta crisis y para los que se encuentran en tal situación lo único que se receta es más de lo mismo: desregular más, destruir más las normas de trabajo. Es curioso pero aquí la única política social es deshacer.

Hay que subrayar que el deterioro de las relaciones laborales está fuertemente conectado con el incremento de la pobreza. Este deterioro está ligado a políticas macroeconómicas alentadas por diversas instituciones internacionales, y a políticas específicas respecto a la regulación de las relaciones laborales. El acoplamiento de la cuestión de la flexibilización y de los cambios del régimen de seguridad social con la desocupación, la desaparición de la protección de los trabajadores y el deterioro de sus organizaciones es una mezcla explosiva e innecesaria desde el punto de vista de la lógica económica, salvo que se privilegie como objetivo central la acumulación y la concentración de la riqueza en unos pocos grupos empresariales.

El fenómeno de deterioro toma dos formas contrapuestas. Por un lado, se da la conocida precarización: los trabajadores a tiempo parcial aumentaron en años recientes un 50% y la expansión del empleo se dió mayoritariamente a través del aumento de la ocupación informal. Por otro lado, se da un aumento de la jornada laboral: casi un 20% de los trabajadores trabajan más de 62 horas semanales. Un 35% realiza jornadas extendidas, mientras sólo un 6.5% percibe horas extras. Uno de los efectos de esta extensión de la jornada es que a diferencia del Brasil las necesidades de personal se cubren fundamentalmente a través de este mecanismo y no a través de la contratación de nuevo personal.

Al mismo tiempo, entre 1989 y 1992 se produce un deterioro relativo muy pronunciado del salario mínimo, que a su vez desciende marcadamente con respecto al salario medio. El salario mínimo pasó de cubrir el 90% de la canasta básica a mediados de la década del 70 a cubrir menos del 20% a mediados de la década actual. Por su parte las remuneraciones medias reales de los asalariados cayeron un 30% entre 1970 y 1990.

El empleo en negro, o sea sin registro legal ni cubrimiento protectorio crece en más del 65% en las últimas dos décadas de tal modo que queda fuera de toda protección un tercio de los trabajadores, porcentaje que sube a cerca del 40 en el sector privado. También se ha comprobado que los salarios de los trabajadores de la industria sin cobertura son inferiores a los de los regulares. Al mismo tiempo el servicio de inspección de condiciones laborales ha sido virtualmente eliminado.

Estos desarrollos se inscriben en un contexto ocupacional fuertemente marcado

por el salto de la desocupación y la subocupación en pocos años. La desocupación pasa de un dígito a algo menos del 20% en las zonas urbanas, con por lo menos un porcentaje similar de subocupación. Aún con descenso de la tasa, su significativa e inusual magnitud se mantiene. Agregamos a esto que el sistema de protección al desempleo cubriría según se ha estimado, sólo entre un 10 y un 15% de los desocupados urbanos.

Vale la pena abundar en este tema en tanto resalta aquí que junto al aumento de la pobreza por desocupación se da también un peligroso aumento de la pobreza y la desprotección por precariedad en las condiciones ocupacionales. Es fundamental no confundir reforma laboral con eliminación de toda protección laboral y capacidad de defensa de los trabajadores.

En particular, en un país como la Argentina con su tradicional alta tasa de salarización estos desarrollos no sólo representan un desafío a la equidad sino también una peligrosa experiencia de movilidad descendente asociada tanto a la caída de los ingresos, al crecimiento de la precariedad y la informalidad y al radical empeoramiento de las condiciones de trabajo. Lamentablemente, la casi totalidad de los programas focalizados sobre pobreza no toman en cuenta los problemas de esa significativa población objetivo. No olvidemos que las condiciones arriba mencionadas afectan con particular intensidad a sectores de la fuerza de trabajo concentrados en zonas del interior en crisis.

Un vistazo al sector agrario pone otra vez este hecho de manifiesto con una fuerza especial.

En el sector agrario más de un tercio de los ocupados son asalariados permanentes y ese porcentaje se elevaría a más de la mitad si incluyéramos a los transitorios, sobre quienes no se cuenta con información cuantitativa fehaciente. Hay que señalar aquí que el tradicional transitorio con parcela-minifundio ha sido sustituido en una parte importante, según se cree, por asalariados puros que combinan tareas ocasionales y estacionales agrarias y no agrarias y por hijos de parceleros sin ocupación productiva en la parcela.

El trabajador rural se encuentra excluido de las reglamentaciones de la ley de contrato de trabajo y los transitorios no tienen derecho a huelga. Se considera que el porcentaje de trabajadores "en negro" es más del 80% en el sector rural. En una zona moderna de agricultura industrial frutícola se estima que ese porcentaje alcanza el 50%. Al mismo tiempo los datos existentes acerca de la pobreza rural por necesidades básicas insatisfechas muestran que la categoría más afectada por esa condición es la de los asalariados. Esto no excluye la existencia de zonas donde se mantiene un tipo de trabajo menos alienante que el del obrero urbano industrial o trabajador de servicios. Se está dando también un aumento, a veces explosivo

de desocupación agraria por cambio tecnológico como ocurre en el noroeste del país.

Nótese que en el sector rural, en el cual se encuentran en funcionamiento planes de alivio de la pobreza, algunos de ellos apoyados por el Banco Mundial, los asalariados rurales no aparecen como población objetivo.

Entre los establecimientos agrarios y en el nivel nacional cerca de la mitad de éstos corresponden a unidades minifundistas con un alto porcentaje de pobreza. Luego de que se expresara oficialmente la opinión de que esa mitad debía desaparecer se han desarrollado varios programas sociales para distintas capas de chacareros en crisis y campesinos. Dentro de un contexto de significativo compromiso con la ejecución de esos programas queda todavía un alto porcentaje de unidades sin cubrir, problema éste que se hace especialmente agudo en zonas del país donde el porcentaje de unidades pobres con respecto al total nacional es alto pero su concentración geográfica es baja.

Existen entonces las políticas sociales focalizadas, políticas sociales que en algunos casos tienen un andamiaje técnico y un compromiso personal loable como ocurre en el caso del programa social agropecuario, dirigido a los productores agropecuarios de menor magnitud y en situación de pobreza. Sólo puede haber políticas sociales válidas si estos dos mundos se juntan, sin embargo puede ser que haya cuestiones sociales muy básicas para que no se junten. No será que, justamente para aquellos que están conectados con el proceso central de acumulación de capital, lo que hay que hacer es destruir sus condiciones de defensa, porque ésta es una cuestión fundamental para que el capital se expanda en esta sorprendente regresión que ocurre en el momento en que se supone estamos llegando a las formas más altas del desarrollo del capitalismo? Una regresión que necesita que las condiciones de trabajo se destruyan, que los salarios bajen, para generar puestos de trabajo. Hay toda una gama de gente que tiene un trabajo estable, pero ese trabajo es mal pago, mal protegido, de baja calidad. En el libro *Cuesta Abajo*, con Silvio Feldman publicamos un artículo sobre la heterogeneidad social de las pobrezas. Al pensar en pobreza no pensemos sólo en gente desocupada, en gente que está en los llamados bolsones de pobreza: gran parte de los pobres, casi la mayor parte, son asalariados, incluso asalariados que tienen un salario regular pero muy bajo.

En este tipo de capitalismo, que no es el único posible, es necesario crear muy malas condiciones de inserción paradójicamente para aquéllos que están insertados. Así los problemas son dos: los problemas de los que van siendo marginados y los problemas de las pésimas condiciones de los que están insertos, y entre ambos, justamente como parte de este proceso de acumulación, se genera esta paradoja de los que tienen ocupaciones

precarias, que están y al mismo tiempo no están insertos. Pero gran parte de unos y otros en verdad están y la acumulación de capital pasa a través de esas relaciones, pasa incluso en muchos casos a través de la informalidad. Los que nos ofrecen productos a un peso en el tren tienen que ver con los grandes fraudes aduaneros: no son ellos los que lo hicieron ni los que se benefician, pero son parte de un proceso de comercialización novedoso, y muy ligado al capital central. Las prostitutas y hasta los ladrones son parte hoy de una programación manejada por una institución central en la sociedad: la policía. Y la droga se vincula con el capital y con la policía. Tenemos que superar la visión dicotómica si queremos que los nuevos escenarios sean escenarios constructivos en un proceso de desarrollo sustentable y con democracia.

V. Referencia histórica

Me referiré a la cuarta parte de mi análisis. Las ideas que presento son absolutamente consustanciales con la historia del pensamiento argentino. El comienzo de la discusión acerca de políticas sociales en la Argentina que tal como el grueso del mundo, se da entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Nos encontramos con una diversidad muy grande de posiciones, desde las posiciones anarquistas y socialistas hasta las posiciones del catolicismo social y el liberal reformismo, incluso con ciertas formas de conservadurismo populista. En todos los casos se plantea lo mismo: es necesario enfrentar la cuestión social con criterios universalistas si se quiere construir una sociedad nacional, integrada y democrática.

Hay algo que no siempre se muestra con claridad cuando se analiza este período. Existen enfrentamientos violentos en la Cámara de Diputados entre los socialistas y los que responden al catolicismo social. También enfrentamientos físicos entre las fuerzas del gobierno liberal reformista y los anarquistas. Pero en todos los casos existen dos elementos: propuestas de reglamentación del trabajo y de medidas de seguridad social casi siempre muy parecidas y, lo que me parece más importante todavía, la convicción de que los problemas pueden resolverse. Esta es una época, a fines del siglo pasado, de toma de conciencia de que hay una sociedad que está en crisis y otra que se está organizando, se generaliza la palabra "cuestión". Se habla de la cuestión social, pero también de la cuestión nacional, la cuestión agraria, la cuestión judía, la cuestión de la mujer. Esta palabra "cuestión" tiene que ver con la idea de que lo establecido está en crisis y que hay respuestas posibles. En el origen francés de esta palabra está incluida la idea de que hay una pregunta y hay respuestas.

Se sabe que el sistema tiene recursos suficientes para resolver los problemas.

En una segunda etapa que culmina, en cierta medida, en la década del cuarenta con las medidas del gobierno peronista, toda una serie de líneas de crítica social y de propuestas de reforma se unifican y se da el intento de responder a los distintos problemas sociales.

Cuando nos acercamos a la actualidad nos encontramos con que las respuestas se definen por la focalización, pero no hay respuestas universales. Sobre todo creo que hay algo peligroso, que es la convicción de que las respuestas universales no existen y por eso es necesario concentrarse en respuestas paliativas.

VI. Reflexión final

Cómo podemos juntar esta preocupación históricamente enraizada en nuestro país con la actual situación de dicotomía? . Si observamos el momento actual, creo que no hay duda de que a nivel nacional e internacional, tenemos más recursos económicos y más recursos sociales que los que existieron en cualquier otro momento. Aceptar la idea de que los problemas no pueden resolverse, que lo que nos está pasando no es sólo un hecho sino un destino, es uno de los aspectos más negativos de la situación actual. Cómo se puede revertir? .

Es curioso que aún en los centros de poder universal que plantearon estas nuevas orientaciones, tal como se ve en las propuestas del Banco Mundial, existe ahora la preocupación por reconocer que por este camino las cosas van mal. Afortunadamente en los últimos seis meses en la Argentina se dejó de tener esa impresión de que hay que aguantar lo malo porque no hay otro camino y hasta el propio Banco Mundial, por ejemplo, está buscando un camino diferente. Se puede buscar este camino de dos formas distintas. Una la plantean muchos de los economistas del Banco que sostienen que ya están dados los pasos positivos en la economía y que ahora es necesario hacer las reformas institucionales para que esta economía funcione. En Buenos Aires hubo un seminario en la Universidad de San Andrés, organizado por la fundación Sociedad y Política que lidera Miguel Angel Broda, un economista neoliberal, asesor de las empresas y del gobierno, donde se planteaba justamente esta posición: es necesario construir el aparato institucional acorde con este tipo de desarrollo económico.

Creo sin embargo, que el malestar general en los centros de poder rebasa esa cuestión. Hay dudas acerca de que este camino económico sea el adecuado. Y esas dudas

son acompañadas y antecedidas por enfoques críticos que existen en el centro mismo de lo que fue la construcción de la ideología dominante, o sea entre dos economistas. En Economía hay una profunda crisis y revisión, lo que indica que algo está pasando en los centros ideológicos e institucionales de esta orientación. En la Argentina también se están produciendo cambios, hay movilizaciones de la gente y hay modificaciones sobre todo en el nivel de las percepciones y de las conciencias. Hay entonces, una búsqueda de un camino alternativo.

Creo que podríamos dejar planteada una pregunta: Hasta dónde, lo que se llama habitualmente el tejido social está tan desgarrado y destruido en la Argentina? .Creo que tenemos un capital invaluable, que encontrará el lector si observa alrededor de sí mismo: que pese a todos los golpes, sacudones, represiones y desgracias que hemos tenido en la Argentina, no ha habido una destrucción del tejido social y de las instituciones populares de la misma magnitud que que la está ocurriendo en otros países a los que quizá les fue económicamente mejor.

En la vivencia inmediata de las relaciones familiares, las relaciones de amistad, las relaciones de localidad, la inmensa cantidad de organizaciones que existe en cualquier pueblo del país, hay una muestra de que el tejido social en la Argentina tiene vitalidad. En nuestras familias hay conflictos pero se superan porque hay una relación afectiva fundamental. He vivido muchos años en Canadá y he observado que la gente parece tener menos relaciones conflictivas pero en realidad sus vínculos son menores. En nuestro país ha comenzado la toma de conciencia de que las cosas no pueden seguir así como están.

El futuro no se puede predecir desde el desarrollo de las líneas de tendencia en la sociedad, sobre todo en momentos como éste en que todo el mundo se plantea la crisis social. En una crisis social se contruye algo nuevo, pero para construir algo nuevo hay que criticar lo viejo y hay que tener lo viejo en qué basarse. En Argentina tenemos ese algo viejo en qué basarnos y estamos empezando a desarrollar la crítica de lo nuevo. A través de esa actividad conjunta van a ir surgiendo nuevas ideas, nuevas fuerzas políticas y fuerzas que se reacomoden. Considero que a través de esos proceso en Argentina todavía las relaciones de trabajo van seguir siendo centrales como forma de integración social.

Es muy importante que todos los que trabajamos en el campo de las políticas sociales, participemos en las políticas sociales que llegan a los grupos más postergados: no hay derecho a pensar cuanto peor, mejor. Tampoco podemos limitarnos a decir que estas políticas son meramente integradoras y que no es necesario que los grupos más despojados sean los beneficiarios de políticas sociales. Pero siempre debemos reafirmar que esas políticas sociales tienen que ser parte de una visión que retome la tradición de las políticas universales y tenga

una fuerte carga de revalorización del mundo del trabajo. La degradación del trabajo es uno de los procesos más negativos que nos puedan ocurrir: creo que hay fuerzas para evitarla y que hay que trabajar en esa dirección.